

## LOS PADRES DESCONOCIDOS DEL EXPOSITO ELOY GONZALO

LEGO el correo. Me trajeron un abultado paquete de cartón. No me interesó porque supuse que serían peticiones de apoyo y no asuntos o noticias importantes. Empecé la tarea de abrir sobres. Efectivamente, unos tras otros, me fueron regalando con los esperados supuestos ruegos.

De pronto, un sobre con el membrete de Miguel A. Saiz Antomil me llamó la atención por tratarse de un buen amigo, muy culto como médico, como propietario de una bien dotada biblioteca y como autor de un librito sobre las leyendas del valle de Soba—su valle natal de la provincia de Santander—que prologué hace años, con tanto gusto como poca fortuna para lo que el libro merecía; y deseoso de conocer y de deleitarme con el contenido de aquella carta del buen amigo, rasgué el sobre.

Efectivamente; no sólo fue deleitoso, sino interesante, lo que encerraba el sobre, porque además de la carta venía con ella un recorte amplio del periódico "Alerta", de Santander, donde el médico vive. Publicaba un artículo de dicho señor, con noticias desconocidas de los padres de nuestro héroe madrileño conocido con el nombre de Eloy Gonzalo. En la carta me pedía que, si lo consideraba oportuno, publicara la sabrosa noticia en un periódico de la Villa y Corte.

Y como si lo considero oportuno, allá va la noticia con todos sus amenos detalles que le refirió años atrás su padre, teniente coronel de voluntarios en la desgraciada guerra de Cuba, y que ya, fallecidos todos los allegados a los autores de los sucesos anteriores y coetáneos al héroe de Cascorro, ningún reparo de delicadeza espiritual cierra el tintero en que podía nutrirse la pluma narradora.

Lo conocido y ya casi olvidado del "hijo del pueblo de Madrid", a pesar de tener una preciosa estatua en la cabecera del Rastro madrileño, y su nombre rotulando una de las importantes calles de la gran ciudad, es lo siguiente: que Eloy Gonzalo había sido depositado poco después de nacer, en el torno de la Inclusa, cuyo benéfico arcón de secretos fue su triste domicilio desde 1876 hasta que, ya mozo, le llevaron las andanzas de su corta vida a luchar contra Maceo en la Perla de las Antillas, donde murió de paludismo cuando sólo contaba 21 años.

Que sitiado en el pueblo de Cascorro de la isla de Cuba un puñado de soldados españoles, sin defensa posible y sin vislumbrar escapatoria viable, el entonces desconocido Eloy Gonzalo, sitiado con sus compañeros en aquella posición—que tenían fuese su sepultura—se presentó al jefe de dicha tropa para decirle estas o parecidas palabras: "Mi capitán: estoy dispuesto a ir al fortín desde donde un cañón enemigo siembra trágicamente de cadáveres nuestra sentenciada posición, y pegarle fuego si me atan con una cuerda para recoger mi cuerpo herido o mi cadáver, una vez que se haya consumado el incendio y consumido el fortín agresor". A cuyas heroicas palabras contestó el capitán emocionado: "Soldado Eloy: en tus manos están nuestras vidas. Que

Dios te guíe". Y allá fue, como había prometido, el soldado expósito, atado con un cordel y provisto de una lata de petróleo, más una mecha encendida, resuelto a cumplir su arriesgada y salvadora promesa. Poco después, contemplaron los sitiados de Cascorro la llamarada que devoraba el fortín agresor, mientras ardían también con llamaradas de entusiasmo y esperanza los soldados españoles.

Pues a estos datos—conocidos y glorificados por una estatua y una importante calle madrileña—viene a completar ahora mi gran amigo Antomil con otros, los datos desconocidos hasta hoy, de los antecesores del héroe, como sigue: "Mediado el siglo XIX vivía en el barrio de la Colina (situado en el santanderino valle de Soba) don Manuel García Torre, que fue maestro del pueblo durante 44 años, casado con doña Josefa López, de cuyo matrimonio tuvo varios hijos; una de las cuales, según la fama, hermosa, fue Eugenia, quien por aquel tiempo sostenía amores, bajo promesa de matrimonio que luego no cumplió, con Antonio González del mismo pueblo". El fruto de aquellos amores nació secretamente en Madrid y fue depositado en la Inclusa bajo el nombre de Eloy y el apellido Gonzalo, transformación del de González, que ostentaba su padre, por si algún día fuera necesaria su identificación.

Andando el tiempo y curada ya la herida moral del pasado recuerdo, Eugenia casó en Villar con Ricardo Fernández del Moral, albañil del pueblo de Cebolleros, próximo a Nofuentes, trasladándose a vivir al pueblo de Sicuetos, donde murieron sin sucesión.

Los padres, pues, del conocido por Eloy Gonzalo, fueron Antonio González, emigrante del que no hubo más noticias, y Eugenia García, que fue también heroica en cierto modo y en otro orden de heroísmos, al no aceptar una pensión que le ofreció secretamente el Gobierno, y que ella no se consideró digna de disfrutar después de haber renunciado a la maternidad pública de aquel hijo famoso, quien no disfrutó tampoco del gran beneficio de haber conocido a su madre.

El conocido, pues, como Eloy Gonzalo, como expósito y como madrileño, fue madrileño por casualidad, se apellidaba González en vez de Gonzalo como le conoce la historia, y más que madrileño puede ser considerado como montañés.

Luis MARTINEZ KLEISER

De la Real Academia Española



## ¿DE QUE VIVEN LOS ESCRITORES?

SI, ya sé que, en general, los escritores españoles (y no sólo los españoles) viven de otra cosa. Pero yo hablo de los otros, de los que no viven de "otra cosa": ¿de qué viven éstos que no tienen "otra cosa" de qué vivir? ¿De qué vivimos, en fin, pues entre esos pocos me cuento?

Lo primero que podría decirse es que los escritores "de plena dedicación" vivimos de milagro, salvo algún autor teatral de la especie tragaperras o algún escritor, teatral o no, que consiga un excepcional éxito, intenso y continuo. Y, si fuera exageración decir que vivimos milagrosamente, por lo menos es cierto que nuestra vida transcurre en condiciones de enorme inseguridad. Pero es que, además, eso de la plena dedicación es un mito; también nosotros vivimos, en gran parte, de "otra cosa", o, si se quiere, "casi" de lo mismo, casi de la literatura. Unas veces es el cine de consumo; otras veces el escritor se agarra a traducir o al periodismo... Es decir, que o se hace literatura, "para otra cosa", o se trabaja en la literatura, mejor o peor, de los demás, o se hace algo "parecido" a la literatura... ¿Y nuestra propia obra? ¡Ah! Hay que tomársela con calma.

Vaya un ejemplo de nuestra situación. Cuando yo publiqué un libro de relatos que se titula "Las noches lúgubres", anuncié que escribiría una segunda parte. Lo digo diciendo y ya le he puesto título: "Necrópolis". Pero, hoy por hoy, no puedo ni soñar en escribirla. En su lugar estoy traduciendo—¿qué tendrá que ver lo uno con lo otro?—el teatro de Jean-Paul Sartre. ¿Sabes la cantidad que cobré por aquel libro, en el que estuve trabajando no menos de seis meses? Siete mil pesetas. Seguro que es una vergüenza... ¿Volvemos a decir aquello de que escribir en Madrid (y sus alrededores) es llorar? (La madre de un escritor amigo, al enterarse de que un compañero de su hijo se dedicaba también a la literatura, hizo este comentario: "¡Pobre!").

Pero lo más curioso es que esta difícil profesión promueve singulares envidias y resentimientos en los aspirantes a ella. Y es claro que nuestra situación pública nos hace socialmente muy vulnerables a cualquier impertinencia y en cualquier momento. Lo cual acaba de completar el oscurísimo cuadro.

Hace unos años, un grupo teatral de Alcoy trató de representar mi obra "Escuadra hacia la muerte". El coronel jefe del Regimiento prohibió la representación y ello caldeó mucho los ánimos. El grupo, como réplica y desagravio, preparó la representación de otra obra mía, y me invitaron. Cuando llegué, en todas las calles de Alcoy había carteles anunciando mi visita, y por la tarde, en el Teatro Circo, empezó la representación en un clima de efusivo homenaje. Al poco de empezar el espectáculo se me presentó un redactor del semanario local para hacerme una entrevista. Hubiera preferido asistir a las incidencias del estreno, pero acepté y nos retiramos a un rincón del escenario. El periodista, ante las cuartillas en blanco, me hizo la primera pregunta: "¿Y usted cómo se llama?".

Alfonso SASTRE